

Al profesorado de Barcelona, al inicio del curso 2017-2018

Recuerdo siempre con gran emoción y reconocimiento a mis maestras y maestros de Barcelona porque me han ayudado, con sus consejos y ejemplo, a vivir intensamente, a actuar con firmeza, imaginación y audacia. A ser “libre y responsable”, que es como la UNESCO describe lúcidamente a los educados en al artículo 1º de su Constitución.

Las alas sin adherencias –nunca el despotismo ni el fanatismo ni la exclusión- para el vuelo alto en el espacio infinito del espíritu.

Eran años muy difíciles (1939-1950), pero conté con el estímulo permanente de mi madre –“no aceptes nunca lo que creas que es inaceptable”...- y de mi padre –“conocimiento y perseverancia”-, de mis profesoras y profesores, de los que destaco, aunque todos eran excelentes, al de filosofía, Francesc Gomá, y de latín-comportamiento cotidiano, Ramón Fuster...

Tenía el honor y la fortuna de que el hermano de mi abuela paterna, la yaya Pepita, fue un gran maestro y el primer Ministro de Educación (se llamaba entonces Instrucción Pública) de la segunda República, Marcelino Domingo Sanjuan.

De todos ellos aprendí que frente a los grandes desafíos, educación, ciudadanos capaces de ejercitar plenamente las facultades distintivas de la

especie humana: pensar, imaginar, anticiparse, innovar, ¡crear! Cada ser humano único capaz de inventar su futuro, nuestra esperanza.

Ser profesor no es un empleo. Es una misión, porque el futuro de los alumnos depende, en buena medida, de la actividad docente, de saber personalizar las múltiples variantes de la enseñanza para lograr que, como se preconiza en el Informe sobre “Educación en el siglo XXI”, que encomendé a Jacques Delors en 1991, se aprenda a ser, a conocer, a hacer y a vivir juntos. Yo añadí “aprender a emprender”, porque no sólo se trata, como recomendaba Horacio, de “atreverse a saber” sino de “saber atreverse”...

En muy pocos años se han modificado radicalmente las condiciones de la vida humana y las características de su entorno ecológico. Hasta hace poco más de dos décadas, la inmensa mayoría de los seres humanos nacía, vivía y moría en unos cuantos kilómetros cuadrados. Desconocían, lógicamente, lo que ocurría más allá de su entorno y eran, consecuentemente, silenciosos, obedientes, atemorizados. Unos cuantos hombres ostentaban el poder absoluto.

De pronto, la tecnología digital ha permitido que la gente sepa lo que sucede y, sobre todo, pueda expresarse. El tiempo del silencio ha concluido y ha concluido así mismo la discriminación secular de la mujer: progresivamente, con sus facultades inherentes, la mujer lleva a cabo el papel esencial que le corresponde e influye en la toma de decisiones a todas las escalas. Será “la piedra angular” de la nueva era, según me dijo el Presidente Nelson Mandela en Pretoria en 1996, “porque la mujer sólo

excepcionalmente utiliza la fuerza y el hombre sólo excepcionalmente no la utiliza”.

Desde el origen de los tiempos, ha prevalecido el perverso adagio de “si quieres la paz, prepara la guerra”. Ahora ya podemos, por fin, decir y procurar que “si quieres la paz, prepara la palabra”. En la transición de la fuerza a la palabra radica la cultura de paz y no-violencia. No me canso de repetir que es intolerable que el poder de “los mercados” –financiero, energético, militar, mediático...- permita que cada día se inviertan en armas y gastos militares más de 4000 millones de dólares al tiempo que se mueren de hambre miles de personas, la mayoría niñas y niños de uno a cinco años de edad. Con el 10% de las ingentes sumas mencionadas podrían aplicarse las “prioridades de las Naciones Unidas”: alimentación, agua, salud, medioambiente y educación.

Estamos enfrentados a amenazas globales que requieren reacciones globales y, además, por primera vez en la historia de la humanidad, a procesos potencialmente irreversibles, en los que pueden alcanzarse puntos de no retorno. Sin embargo, en lugar de ser actores del cambio, muchos se convierten en espectadores impasibles, distraídos, obcecados. Si no reaccionamos a tiempo el deterioro de la habitabilidad de la Tierra, así como el legado conceptual a las próximas generaciones podría constituir un error histórico irreparable...

Comento todo esto para subrayar la importancia esencial de la educación, especialmente en las presentes circunstancias y en un contexto como el que está viviendo Barcelona, ciudad de concordia y solidaridad, afectada

por el terror, que requiere, más que nunca en el pasado, una acción educativa generalizada para contrarrestar el desaliento y las aciagas experiencias vividas, demostrando que Miquel Martí i Pol tenía toda la razón cuando decía que “tot es possible”.

Educación para la mediación, para exigir un nuevo concepto de seguridad, de tal modo que pueda preverse y corregirse cualquier brote de fanatismo, supremacía, xenofobia...

Educación para lograr que el multilateralismo democrático sustituya a los nefastos grupos plutocráticos (G7, G8, G20) que han originado brechas sociales intolerables y favorecido la insolidaridad que ha ensangrentado el Mare Nostrum.

Educación, la clave para com-partir

para com-prometerse

para com-padecer

para con-vivir

para ¡des-vivirse!...

Educadores: el por-venir está por-hacer y vosotros sois los alfareros.

En octubre de 1995, siendo Director General de la UNESCO, escribí:

“Educar

es descubrir,

redescubrir,

inventar

cada mañana.
Es sentirse
pobre de otros,
es dar la mano
con mayor largueza
cada día,
prestar oído,
ceder espacio,
dar cabida.
Es saber
que nada
cambia
nunca
en aguas tranquilas;
que nada se imagina
sin tensión humana
y sin audacia.
Es, sobretodo, saber
que sólo debe
haber
un olvido:
el de sí mismo”.

Federico Mayor Zaragoza
02 de septiembre de 2017